



TÚ, YO
Y NUESTRA COSTUMBRE
DE ENREDAR
LAS COSAS

NEREA CABALEIRO

**TÚ, YO
Y NUESTRA COSTUMBRE
DE ENREDAR
LAS COSAS**

NEREA CABALEIRO

**YOUNG
KIWI**

YOUNG KIWI, 2025
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, febrero 2025
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-10479-91-3
Depósito Legal: CS 884-2024
© del texto, Nerea Cabaleiro
© de la ilustración de cubierta, Lucía Santos @luchijjk
Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: YF

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.
www.youngkiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para todas esas personas que no se rinden y prefieren tropezar una y otra vez antes que tirar la toalla. Vais a conseguir todo lo que os propongáis. Os aseguro que el esfuerzo merece la pena.

PLAYLIST

- *Back to December* – Taylor Swift
- *Before You Go* – Lewis Capaldi
- *Enchanted* – Taylor Swift
- *Exile* – Taylor Swift ft. Bon Iver
- *Forever* – Lewis Capaldi
- *Human* – Christina Perri
- *I Choose* – Alessia Cara
- *I Didn't Know* – Sofia Carson
- *I Hate The Way* – Sofia Carson
- *If The World Was Ending* – JP Saxe ft. Julia Michaels
- *Imagination* – Shawn Mendes
- *Like My Father* – Jax
- *My Girl* – Oskar Cym
- *Rewrite The Stars* – James Arthur ft. Anne-Marie
- *Someone You Love* – Lewis Capaldi
- *The One That Got Away* – Katy Perry
- *There's Nothing Holding Me Back* – Shawn Mendes
- *Tu Fan* – Mafalda Cardenal
- *When You're Gone* – Shawn Mendes
- *Heaven* – Bryan Adams

PRÓLOGO



Me despierto agitada, pero sé que no he gritado. Nunca lo hago cuando él está a mi lado. Y sé que está a mi lado porque lo primero que percibo, incluso antes de abrir los ojos, es su olor; el mismo que permanece en mi cama durante horas después de que se vaya, justo antes del amanecer.

Siento sus dedos entre mi cabello, masajeándome la cabeza con suavidad y cuidado. Sabe que eso me calma, y en estos momentos lo necesito. Lo necesito casi tanto como a él, aunque eso nunca se me ocurriría reconocerlo en voz alta.

He vuelto a tener la misma pesadilla que me martiriza desde hace meses. Siempre se repite, aunque no siempre termina. A veces, me despierto antes de que el dolor me consuma por completo. Consigo salir de ese bucle tormentoso, y simplemente vuelvo al mundo real. Otras, es él quien me despierta con caricias dulces y susurros al oído. Me asegura que todo está bien, y yo le creo. Lo he hecho desde que tengo uso de memoria; incluso cuando lo único cordial que compartimos es esto: estos momentos donde el caos se apodera de mi mente, me domina, y es él quien tiene que arrastrarme hacia la luz sin dejar que me pierda por el camino.

—Lo siento..., no quería molestarte.

Las palabras escapan de mis labios en voz baja, casi trémula, pero sé que me ha escuchado porque no tarda en mirarme y sonreír como si yo fuese la persona más importante de su mundo. Una vez creí que lo era. Ahora me pregunto si realmente fue así o fue solo un producto de mi mente, una ilusión propia de una cría ilusa enamorada.

Aparto esos pensamientos de mi cabeza y me centro en el presente, en el chico que descansa a mi lado, tumbado sobre mi cama con su pantalón de cuadraditos azules de siempre y el cabello negro alborotado. Me gusta que venga a mi habitación cada vez que mis demonios hacen acto de presencia, pero sé que estas noches él apenas duerme. Durante el día le observo sin que se dé cuenta y soy plenamente consciente de sus hombros caídos o de las pequeñas ojeras que adornan la parte inferior de sus preciosos ojos verdes. No me gusta ser la responsable de eso, pero tampoco me gusta que no esté cerca. Cuando se va a pasar el fin de semana fuera de la ciudad con su equipo de fútbol por algún partido, le echo de menos. Nunca lo he admitido en voz alta, pero espero ansiosa a que llegue el domingo para volver a verle, y me las apañó para estar siempre ahí cuando llega a casa; para ser la primera persona con la que se encuentre. Cuando no está, el fantasma de su ausencia pesa sobre mis hombros durante toda la jornada. Y eso que solo nos hablamos para insultarnos o discutir; para molestarnos o sacarnos de quicio. Es nuestra dinámica.

—No me has molestado, Naty. Nunca podrías hacerlo.

Su pulgar se desliza por mi mejilla y borra el rastro de una lágrima, que no sé en qué momento se me ha escapado de la comisura de los ojos. Por un segundo, no tengo ni idea de qué

contestar. Me gustaría escuchar esas cinco palabras sin estar resguardados por las paredes de mi habitación, cuando dejamos de ser nosotros para simplemente ser él y yo. Pero eso jamás va a pasar. Soy consciente, lo tengo asumido desde hace tiempo. Sin embargo, saberlo no me sirve de nada. Sigue doliendo de la misma forma lacerante que al principio. Ni siquiera el paso de los meses conseguía atenuarlo.

—Deberías irte a dormir. Mañana tienes entrenamiento y vas a estar agotado.

—Lo haré después de que tú te duermas, como siempre. Ya lo sabes.

Sí, lo sé. Claro que lo sé. Una pequeña sonrisa agrídulce se forma en mis labios sin yo pretenderlo. No quiero que se marche, pero que espere a que yo me duerma para hacerlo provoca que mi corazón se acelere sin remedio. No puedo evitarlo. Él siempre ha sido mi punto débil.

—¿Y si no me duermo?

Hay cierta diversión enmascarada en mi tono de voz. No demasiada, pero la justa para que la mala sensación que me ha dejado en el cuerpo la pesadilla se disperse por completo. No es la primera vez que le hago esta pregunta, pero a él le sigue haciendo gracia, puesto que deja escapar una pequeña carcajada que ahoga con el brazo para no hacer ruido.

—Entonces no me iré nunca.

—Vale.

—Vale.

Al igual que he hecho todas las veces anteriores desde que él se cuelga en mi habitación por el balcón para alejar mis pesadillas, deseo no dormirme para que no se vaya; para seguir

siendo nosotros un poco más y no simplemente él y yo. Pero mi deseo no se cumple. Me duermo. El cansancio me puede y se me cierran los párpados, aunque me esfuerce por mantenerlos abiertos.

Cuando vuelvo a abrirlos por la mañana, él ya no está.

Se ha ido.

Otra vez.





4 AÑOS



«Los pájaros no hablan con las personas porque no se entienden».

La pequeña Naty tenía tan solo cuatro años cuando se mudó por primera vez de su casa en el Upper East Side a un nuevo piso mucho más grande en Midtown.

Era Navidad. Las calles de Nueva York, teñidas con un espeso manto blanco, estaban llenas de luces y adornos propios de la época. También los escaparates de las cafeterías y de las tiendas de dulces lucían repletos de bastones de caramelo y galletas de jengibre. Pero, sin duda, lo que a la pequeña Naty más le gustaba de esa época era el olor a chocolate caliente que impregnaba todos los rincones de su hogar.

No le importaba si en la nueva vivienda tendría una habitación más grande o más pequeña; si estaba más cerca del parque o del colegio. Ni siquiera si tendría espacio para todos sus juguetes. Lo único que deseaba con todas sus fuerzas era que la casa oliese a chocolate. Tal vez debería haberle mencionado a sus padres que el cambio la asustaba, pero ya con cuatro años acostumbraba a guardarse sus pensamientos,

y sobre todo sus miedos, para sí misma. Era una niña muy tímida e introvertida.

Esa tarde, cuando llegó de Central Park después de haberse pasado la última hora con unos patines en los pies deslizándose por la pista de hielo de la ciudad de la mano de su madre, le causó mucha impresión ver el salón lleno de cajas. No olía a chocolate, ni había música. Tampoco su padre estaba metido en la cocina con un delantal horrible tarareando —sin afinar ni una sola nota— mientras intentaba, sin éxito, seguir el ritmo de la canción con el cuerpo. Solo había silencio y caos. Eso hizo que la pequeña niña de cabellos rojizos y ojos marrones se encogiese y se abrazase con fuerza a su peluche favorito: Twyla, la gata anaranjada de la película *Barbie y las 12 princesas bailarinas*.

—Cariño... —Su madre se agachó a su lado y le besó la frente con mimo antes de colocar bien el lazo dorado que llevaba sujeto a su trenza derecha—. Te prometo que te gustará mucho más la nueva casa. Nuestros vecinos tienen hijos de tu edad. Tendrás niños con los que jugar siempre que quieras. Y Sylvie hace las mejores magdalenas de chocolate de todo el mundo.

Por aquel entonces Naty no era consciente de ello, pero su madre y Sylvie, su futura vecina, eran muy buenas amigas desde la infancia. Se habían distanciado al finalizar los estudios, pero nunca habían perdido el contacto. Ahora tenían la oportunidad de retomarlo y vivir a escasos metros de distancia.

—¿Y si no me gusta?

—¿Por qué crees que no te va a gustar? —Natasha, que así

se llamaba su madre, frunció ligeramente el ceño, confundida por la pregunta de su hija.

—Yo quiero que huela a chocolate y que se vea el cielo.

A la mujer le fue imposible no sonreír con ternura ante la inocencia de la pequeña. A Jeremy, el padre de Naty, le gustaba subir a la azotea del edificio donde habían vivido hasta el momento por las noches para despejarse. Era miembro del Departamento de Policía de Nueva York, y, cuando necesitaba darle vueltas a algún caso complicado que tuviese entre manos, se refugiaba en ese lugar después de leerle un cuento a su hija y trataba de poner en orden sus pensamientos.

Fueron muchas las ocasiones en las que la pequeña se las ingenió para salir de casa a hurtadillas e ir a buscarle. Le gustaba sentarse entre sus piernas mientras su padre hablaba. Le transmitía mucha paz ver todas las luces de Nueva York a su alrededor bajo un manto negro donde, debido a la contaminación lumínica, apenas se distinguían las estrellas.

—¿Te cuento un secreto? —La niña asintió con la cabeza enérgicamente. Tenía toda la atención puesta en su madre—. Desde la casa nueva se ve mejor el cielo, y papá me ha dicho que prepararía chocolate antes de dormir.

La pequeña boca de Naty se curvó en una gran sonrisa.

—¿Sí?

—Sabes que yo no miento, princesa.

Natasha le guiñó un ojo con complicidad al tiempo que la puerta principal de la vivienda se abría. Su padre se acercó a ellas sonriendo y la cogió en brazos con dulzura, llenándola de besos mientras la hacía reír por las cosquillas que le provocó

con sus atenciones. Naty no fue consciente, pero Jeremy había escuchado toda la conversación.

No tardaron en cargar las cajas que quedaban en el maletero del coche. A pesar de que todavía era temprano, ya había anochecido. Tampoco había gente por la calle, apenas unas pocas personas. La mayoría se congregaban en las cafeterías o las tiendas, buscando amparo de las bajas temperaturas y la nieve, que había empezado a caer con fuerza sobre la ciudad.

Por alguna extraña razón, ese día Naty no quiso mirar por la ventanilla mientras su padre conducía con cautela por las carreteras heladas de Nueva York. En cambio, sí que prestaba atención al gato anaranjado de peluche que llevaba en el regazo. Concretamente, observaba el adorno que el animal lucía en el collar: unas zapatillas de *ballet* de color rosa.

—Mami, ¿en la casa nueva se puede bailar?

No era ninguna casualidad que la pequeña se interesase por eso. Que su película favorita fuese sobre bailarinas daba muchas pistas.

Natasha sonrió, mirándola por el espejo retrovisor, antes de compartir una mueca cómplice con su marido. Fue Jeremy quien contestó:

—Claro que se puede, princesa. Incluso hay sitio para que mamá y yo bailemos contigo.

—Tú bailas mal.

Las carcajadas de la pequeña llenaron el interior del vehículo mientras unos mechones pelirrojos de sus trenzas se soltaban y se le metían en los ojos. Se los apartó de un manotazo antes de que el coche se detuviese delante de un edificio de nueva construcción. La entrada era imponente, de color blanco, y

había un espejo enorme que ocupaba toda la pared. De no haberse sentido tan intimidada, Naty hubiese jugado a poner muecas delante de este para luego reírse de su propio reflejo. Probablemente acabaría haciéndolo otro día. Esa tarde, simplemente esperó abrazada al peluche a que sus padres sacaran todas las cajas del maletero y las dejaran a su lado.

—¿Os echo una mano?

La pelirroja se cogió de la mano de su padre mientras un hombre se acercaba, sonriente, a ellos. Le despertó mucha curiosidad, pero también la asustó. No le conocía, y no le gustaban los desconocidos. Su madre, en cambio, le abrazó antes de que Jeremy le tendiese la mano con una sonrisa amistosa.

—Hola, Tony. Te veo muy bien.

—Yo siempre estoy bien. —El hombre de cabellos oscuros sonrió mientras Natasha ponía los ojos en blanco y resoplaba. Pero Naty conocía a su madre y sabía que estaba de buen humor. Después, se agachó frente a la pequeña, movió las manos delante de su rostro sin perder la sonrisa, y de la nada sacó una moneda de chocolate—. Si no me equivoco, tú debes de ser la pequeña Naty. Me ha dicho un pajarito que te gusta el chocolate.

—Los pájaros no hablan con las personas porque no se entienden —le contestó con una mueca de obvedad.

Todo el mundo sabía que los pájaros no podían hablar con los humanos. Ella lo había intentado en alguna ocasión, pero desistió cuando comprendió que los animales hablaban de otra forma entre ellos. Su padre le había explicado que lo hacían de esa manera para poder protegerse de las personas

malas que querían hacerles daño. Desde ese momento, no le importó no poder entenderles nunca. Lo importante era que nadie los lastimase.

Tony la miró con sorpresa antes de sonreírle y darle la chocolatina.

—Eres muy lista, y tienes toda la razón. En realidad, me lo ha chivado tu madre. —A Naty le hizo gracia la forma tan teatral en la que el amigo de sus padres hizo el comentario y cómo su madre se quejaba sin perder la sonrisa. Lo cierto era que el desconocido ya se la había ganado. La chocolatina había tenido mucho que ver—. ¿Sabes? A mí también me gustan las cosas dulces, y, como sabía que ibas a venir hoy, le he pedido a mi mujer que hiciese magdalenas de chocolate. ¿Te apetece subir a comer una? Luego puedes quedarte jugando con mis hijos mientras yo ayudo a tus papás a llevar todas las cajas.

Ella ni siquiera se lo pensó. Soltó la mano de su padre y se agarró a la de Tony, que era más grande y áspera. No le conocía, pero ya confiaba en él. Sus padres también parecían más tranquilos ahora que veían a su hija más relajada y desenvuelta. Tenían miedo de que el cambio supusiese mucho para ella. Naty era especial.

Lo primero que la niña de cabellos cobrizos percibió cuando salió del ascensor de la mano de Tony fue el aroma dulzón que inundaba el rellano. Le gustó que oliese tan bien, se sintió en casa; también le gustó que la puerta de la cual procedía ese aroma fuese la que estaba al lado del que iba a ser su nuevo hogar.

Mientras sus padres empezaban a sacar cajas del ascensor, Naty siguió a Tony a través de la única puerta del rellano que

estaba abierta de par en par. Una mujer rubia con los ojos verdes salió a recibirlos con una sonrisa y un plato lleno de magdalenas de chocolate. A la niña le gustó desde el primer momento.

—Hola, Naty. Me alegro de conocerte por fin. He oído hablar mucho de ti. Me llamo Sylvie.

—Huele rico.

La mujer rio con suavidad al ver cómo la pequeña se mordía el labio sin dejar de mirar las magdalenas, y le ofreció una. La pelirroja la aceptó, encantada, y le pegó un gran mordisco. Antes de que terminara de comer, una niña con el cabello rubio recogido en una coleta y los ojos tan verdes como los de Sylvie se acercó a ella y la observó con detenimiento.

—¿Te gustan las pelis de Barbie? —preguntó al reparar en el peluche que Naty seguía abrazando—. Yo tengo muchas. ¿Quieres ver una?

—Cariño, primero deberías decirle cómo te llamas.

—Siof, me llamo Siof, y vamos a ser mejores amigas. —Sin esperar una respuesta, la niña cogió la mano con la cual Naty todavía sujetaba un trozo de magdalena y tiró de ella con seguridad. Estaba claro que tenía una personalidad fuerte y buenas dotes de mando con solo cuatro años.

—Siof, suéltala. La vas a asustar. Mamá dijo que fuésemos buenos y tranquilos, que le costaba relacionarse. No puedes ir de mandona. —Un niño más mayor se acercó a ellas mientras la rubia le sacaba la lengua.

La pelirroja estaba convencida de que el niño les doblaba la edad, pero su rostro era amable, y su sonrisa muy dulce. Al igual que sus padres, su mirada transmitía calma. Físicamente,

no se parecía a su hermana pequeña. Solo en los ojos verdes. El pelo, en vez de rubio, lo tenía marrón.

—No la voy a asustar, listo.

—Ya lo estás haciendo, lista. —El muchacho se acercó a Naty, y se cuadró de hombros como si fuese un adulto y quisiese dar buena impresión. Ella le miró raro, pero no le dio mayor importancia—. Hola, yo soy Balder. No hagas caso a todo lo que mi hermana te diga, que es muy intensa y mandona. Mamá dice que se parece a papá. —Siof le propinó un golpe en el brazo a su hermano mayor con un puchero. Naty no pudo hacer otra cosa que sonreírles con la boca manchada por las migas de la magdalena de chocolate que acababa de terminarse. Sus nuevos vecinos le parecían muy graciosos.

La pequeña iba a contestar que no pasaba nada y que le gustaba que Siof fuese así cuando sintió cómo algo le tiraba de una de las trenzas. O, más bien, alguien. Se giró, lista para reprochar. Sin embargo, no pronunció ni una sola palabra. Fue como si el tiempo se hubiese detenido en ese preciso instante. Como si ella se hubiese perdido en el par de ojos verdes infantiles que tenía delante y que la observaban con curiosidad, con un brillo divertido aún reflejado en ellos.

—Nior, no te metas con ella. —Balder se puso al lado de Naty, mirando al otro niño con seriedad y los brazos cruzados.

La pelirroja se fijó en que Nior se parecía mucho a los otros dos chicos, en especial a Siof. Debía ser de su misma edad, solo que tenía el cabello muy oscuro, como el de Tony, y sonreía con travesura, sin dejar de mirarla. La intimidaba. Se sintió muy pequeñita delante de él.

—No he hecho nada, hermanito. Venía a ver a la nueva.

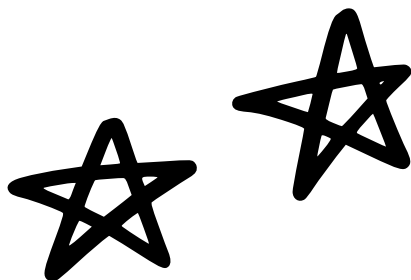
—Me llamo Naty.

Él se encogió de hombros sin mostrar interés, se acercó más a ella y llevó una mano a la misma trenza de la que le había tirado hacía unos segundos, para darle otro pequeño tirón mientras se reía. No le hizo daño, pero, aun así, Naty lo miró con el ceño fruncido. No le gustaba que hiciese eso.

—Nior... —Su hermano le reprendió, pero él hizo oídos sordos. No dejaba de estudiarla, de analizar cada uno de sus movimientos por insignificante que fuese, y Naty dejó de sentirse cómoda en esa casa para sentirse molesta. Sin duda, ese niño no le gustaba.

Ojalá alguien la hubiese sacado de allí a tiempo. Ojalá alguien la hubiese advertido —años más tarde— de todo lo que implicaría tener a Nior como vecino, durmiendo al otro lado de la pared. Ojalá ella hubiese previsto que ese primer contacto que tuvieron haría tambalear todo su mundo hasta los cimientos tiempo después.

No pudo imaginar que ese niño revoltoso de cabello negro despeinado y ojos verdes sería su perdición años más tarde.





NATY

«Mejor intentarlo y que salga mal antes que quedarse con la duda».

Cuando era pequeña, la Navidad era mi época favorita del año.

Me encantaba sacar las cajas de adornos del trastero y decorar el árbol con la ayuda de mis padres mientras, de fondo, sonaban villancicos pasados de moda que todo el mundo conocía. También el olor a chocolate caliente y galletas de jengibre que invadía mi casa de forma permanente, u observar los copos de nieve chocar contra el cristal de la ventana. Los mismos que, poco a poco, sumían Nueva York bajo un manto immaculado que dotaba a la ciudad de una magia especial.

Esas semanas eran las más felices para mí sin ningún tipo de duda. Siempre las he recordado con una sonrisa dibujada en los labios. Tardes enteras patinando en Rockefeller con mamá. Otras tantas en la cocina junto a papá. Los regalos bajo el árbol. Las guerras de bolas de nieve, a pesar de que odiaba la sensación de frío sobre la piel. No tener que ir a clase. Las ilusiones. Los sueños. La familia.

Ahora, a mis diecisiete años, puedo afirmar de manera

rotunda que detesto estas fechas. Las odio con todo mi ser desde hace dos años. Si estuviese en mi mano, borraría los meses de diciembre y enero del calendario para no tener que pasar por esto una vez más. Pero, por desgracia para mí, la magia no existe. Así que aquí estoy, preparando la mochila para volver a clase después de las vacaciones.

Al contrario que cuando tenía diez años menos, ahora casi lo agradezco. Al menos, ir a clase significa tener la cabeza ocupada con otras cosas y no disponer de tanto tiempo libre para pensar en... Bueno, en todo.

—Cariño, ¿estás lista?

La melena pelirroja de mi madre asoma tras la puerta cuando estoy terminando de calzarme las deportivas blancas que siempre utilizo. Mamá trabaja en un hospital. Es médico y esta semana le toca el turno de mañana. Ya debería haber salido de casa, pero ha querido arañar todos los minutos que ha podido al reloj para pasar el mayor tiempo posible conmigo. Sabe que no lo llevo bien. No el instituto. De eso no puedo quejarme. Mis notas son buenas y los profesores están satisfechos conmigo. Me refiero a la época por la que acabábamos de pasar. Ella sabe por qué he dejado de amar la Navidad y le es inevitable no preocuparse. Yo en su situación estaría igual o peor. Por eso le sonrío y trato de quitarle importancia. De hacérselo más fácil. No quiero que tenga que estar pendiente de mí las veinticuatro horas del día. Ya me llega con las pesadillas. Solo quiero ignorarlo hasta que se acabe y todo vuelva a ser normal. Falta poco. Al menos, eso espero.

—Mamá, te he dicho mil veces que no tienes que esperarme.

Estoy bien. Solo voy a clase, no a la guerra. Tampoco es para tanto.

Me acerco con una sonrisa y beso su mejilla, cariñosa, pero ella me ignora y sigue estudiándome con la mirada como si fuese una delincuente que trata de ocultar un crimen. Creo que ve demasiadas series en Netflix, pero me guardo el comentario. No tengo tiempo que perder o llegaré tarde, y ella también.

—¿Has dormido bien esta noche?

—Como un angelito.

—Naty... —me regaña con voz suave.

Pongo los ojos en blanco. Sé que quiere que me lo tome en serio, y eso estoy haciendo. Aunque no lo parezca, esta es la forma más seria que conozco de afrontar toda esta situación. O, al menos, es la única que me funciona y que no me martiriza más de la cuenta.

—Mamá, no te preocupes por nada. Te prometo que estoy bien. Tengo todo bajo control. —La abrazo sin darle oportunidad de quejarse—. Me tengo que ir. Siof y Chris me esperan abajo, y, si no me doy prisa, no me va a dar tiempo a desayunar. Hablamos luego, ¿vale? Te quiero.

Con la mochila al hombro, salgo de casa. Ni siquiera he esperado para escuchar su respuesta. Tardo solo tres minutos en bajar la treintena de pisos de mi edificio, cruzar la calle y entrar en la cafetería donde desayuno todas las mañanas con mis mejores amigos. Ellos ya están ahí, esperándome en nuestra mesa de siempre, junto a una de las cristaleras del fondo del local.

Nada más poner un pie dentro del establecimiento, me recibe el aroma a dulces y a pan recién horneado. Se me hace

la boca agua. Sylvie, la madre de mi mejor amiga, mi vecina y la dueña de la cafetería, me sonrío al verme y me da los buenos días. Es como mi segunda madre, porque me cuida como si yo también fuese hija suya. Mamá tuvo mucha suerte de encontrarla. No conozco a nadie que tenga una relación tan especial como la que tienen ellas. Para que luego digan que la familia es solo la que comparte tu sangre.

Llego a la mesa en el momento exacto para ver a mi mejor amiga poner los ojos en blanco y suspirar de forma exagerada por algo que ha dicho Chris. A saber de qué se trata esta vez. De estos dos ya me espero cualquier cosa. Estoy curada de espanto. Son muchos años compartiendo tiempo y espacio.

—No te pongas así. Es la verdad. Es tan guapo...

—¿Quién es guapo?

Tomo asiento junto a ellos. Intuyo la respuesta, pero es más divertido si es él quien me contesta.

—¿Quién va a ser? ¡Balder! Ese sí que es un dios, y no el de la mitología.

—Te das cuenta de que estás hablando de mi hermano, ¿verdad? —resopla Siof antes de apartarse de un manotazo la melena rubia de la cara. Creo que se arrepiente de haberse deshecho de la larga cabellera que ha tenido desde niña. Ahora apenas le roza los hombros y siempre se queja de que se le pone delante de los ojos—. Córtate un poquito.

El susodicho no tarda en acercarse a la mesa para traerme el desayuno: leche con cacao y un *muffin* de chocolate. Sylvie me conoce demasiado bien. Aunque no me extraña. Con la cantidad de horas al día que me paso con sus hijos, como para no hacerlo. A veces, incluso me cuesta distinguir cuál es su casa

y cuál la mía, ya que están puerta con puerta y normalmente solemos ir de una a otra en función del día o del plan que tengamos.

Balder es el hermano mayor de Siof. Dentro de un mes cumple veintitrés años, y, como bien ha dicho Chris, es guapo a rabiar. Pero no guapo en el sentido de «ese chico tiene algo», sino guapo de que al verle se te derriten las venas y tu cuerpo cortocircuita. Vamos, que incluso trabaja como modelo. Sin embargo, no es raro verlo por las mañanas ayudando a su madre en la cafetería. Sobre todo en épocas donde hay más gente de la habitual. Ya no sé si los turistas vienen porque Sylvie tiene uno de los mejores establecimientos de la zona o por verlo a él.

Yo tengo la suerte de conocerle bien y puedo afirmar que es un amor de chico. Amable, cariñoso, tranquilo... El hijo perfecto. Encajamos desde el primer momento en el que nos conocimos. Él me tiene tanto afecto a mí como yo se lo tengo a él y a su hermana. Le adoro. Es mi Stark favorito.

—Gracias, guapo.

Le guiño un ojo con complicidad y Balder me sonrío como respuesta. Cuando se marcha y nos deja a solas, Chris suspira y apoya la cabeza sobre las manos. Sus rizos castaños, siempre tan bien peinados, le caen sobre la frente ocultando sus preciosos ojos color avellana.

—Joder, si es que yo me lo tiraría. ¿Sigue soltero?

—¡Chris! —Siof se atraganta con su capuchino mientras me río. Chris es así las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. A estas alturas, no deberían sorprenderle sus comentarios. Lo de pensar antes de hablar no es algo que le guste hacer a nuestro amigo.

—Sí, está soltero. Tienes vía libre.

—Eso, tú ánimale.

Mi mejor amiga me taladra con la mirada, pero me encojo de hombros con falsa inocencia. No es ningún secreto para nadie que Chris lleva pillado por mi vecino mucho tiempo. No había sido su primer flechazo, esa era otra historia, pero sí había sido el primer chico que de verdad le gustaba y con el que podía llegar a tener algo serio. Aunque Siof se quejase y fuese tan protectora con sus hermanos, ella estaba tan encantada como yo con la idea de que Chris y Balder pudiesen ser algo más que amigos.

—A alguien tendré que animar. Tú no sueltas prenda.

—Es que no tengo nada que decir —rebate.

—¡Ay, que no! Pero si llevas todas las vacaciones quedando con Sandra. Te pasas más tiempo cotilleando su perfil de Instagram para ver si sube una foto nueva y poder babearle encima que en el mundo real. Estás encantada de volver a clase solo para poder verla todos los días. No lo niegues.

Esta vez es Siof quien se encoge de hombros, fingiendo una inocencia que no tiene. Sandra es una chica que llegó nueva a nuestro instituto al principio del curso. A mi mejor amiga le gustó desde el primer momento. Se pasó días hablando de ella sin parar, hasta que reunió el valor necesario para invitarla a salir. Me consta que han quedado varias veces desde entonces. En realidad, es raro no verlas juntas cuando están en un radio de menos de un kilómetro a la redonda. Dicen que solo son amigas y que de momento se están conociendo, pero para mí ya llevan saliendo un tiempo. La forma en la que se miran y cómo se entienden entre ellas es demasiado íntima y personal

como para que solo sea amistad. Aunque no seré yo quien lo mencione. No soy la más indicada para dar consejos amorosos.

—Solo somos amigas...

—Ya, claro. Por eso te sabes su fecha de nacimiento, su dirección, su número de teléfono de memoria, cómo le gusta el café, la asignatura donde saca mejores notas, la universidad en la que quiere estudiar el año que viene...

La sonrisa chinchona de Chris hace acto de presencia. Es contagiosa. Tanto que hasta yo sonrío viendo cómo las mejillas de Siof se van tiñendo de un rojo cada vez más intenso a medida que nuestro amigo habla y habla. Es inusual verla tan avergonzada. Eso solo confirma todavía más mi teoría.

—¡Bueno, ya está bien! Soy curiosa por naturaleza. Eso no es nada malo.

—Yo creo que deberías pedirle salir oficialmente.

—Contengo la carcajada con esfuerzo. Chris es Chris y siempre lo será. Incorregible, directo, despreocupado... No le cuesta decir las cosas que piensa en el momento. No tiene filtro. Da igual dónde estemos o con quién. Él las suelta y a ver qué pasa—. ¿Qué? No me miréis así. Mejor intentarlo y que salga mal antes que quedarse con la duda.

—Claro, como tú lo intentas tanto con mi hermano... Por eso os va tan bien juntos. —Al de rizos no le afecta que las palabras de Siof rebozen sarcasmo. Se la suda. Le resbala completamente.

—Es que tu hermano no capta las señales. La inteligencia te la has llevado toda tú.

—Siof, Chris tiene razón. No debería darte vergüenza que te guste Sandra. Es guapa.

—No me da vergüenza. Es que... No sé. Es tan adorable y yo soy tan bruta a veces que no quiero asustarla. Prefiero ir poco a poco.

—Pues, chica, como sigas yendo tan poco a poco nos vamos a graduar y tú todavía no te habrás declarado.

Mis amigos se enfrascan en una discusión en la que no tomo partido. Es como presenciar un torneo de tenis. Ninguno quiere ceder. Cualquiera que los vea desde fuera pensaría que se llevan fatal, pero es mentira. Se quieren con locura. El problema es que los dos son bastante intensos. Y muy tercos, todo sea dicho. Por parte de Siof no me sorprende; es algo que le viene de familia. Los Stark, exceptuando a Balder y a Sylvie en menor medida, son todos bastante cabezotas.

Las campanitas de la entrada del local tintinean cuando la puerta se abre y entra un nuevo cliente. Estoy de espaldas, pero no me hace falta girarme para saber quién es. Mi cuerpo le reconoce al instante. El vello se me eriza y me tenso cuando noto ese molesto cosquilleo en la nuca que me hace saber que es él quien me observa a mí. Por mucho que me esfuerce, no soy capaz de controlar el efecto que su presencia tiene en mi persona.

Chris y Siof también dejan de discutir. Dudan entre mirarme a mí o la persona que se acerca por mi espalda. Como si el hecho de pronunciar una sola palabra fuese a romper algo en el ambiente; invisible para todo el mundo, menos para nosotros.

—Buenos días.

Su tono de voz, ese que tan bien me conozco, lo invade todo cuando llega hasta nuestra mesa. Como de costumbre, ni siquiera me giro. Finjo que no existe. Lo hago incluso cuando

apoya las manos en el respaldo de mi silla. Sentir sus dedos tan cerca de mi cuerpo hace que me arda la piel y me estremezca. Siempre ha tenido ese poder en mí, pero esta vez no voy a darle el gusto de moverme. No se merece que le dé la satisfacción de apartarme. Así que no hago nada y espero. Sé lo que vendrá a continuación. Por eso suspiro y hago acopio de toda la paciencia que puedo. La voy a necesitar.

—Menudo recibimiento más soso. ¿No os ha sentado bien madrugar o qué?

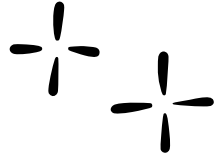
Y así, con esas dos frases, con esas doce palabras, toda mi contención se va al garete.

¡Chas!

De un plumazo.

A la mierda la paciencia.





NIOR



«¿Te esperabas fuegos artificiales y un concierto de Beyoncé? Lo lamento, tenía la agenda cubierta esta semana».

—¿Te esperabas fuegos artificiales y un concierto de Beyoncé? Lo lamento, tenía la agenda cubierta esta semana.

Su voz, cargada de soberbia, me hace sonreír. Siempre me ha gustado la forma en la que mi vecina entorna los ojos y frunce el ceño cuando yo estoy cerca.

No tenemos una relación precisamente cordial. En realidad, ni siquiera podría decirse que tengamos una relación. Insultarnos prácticamente a diario no contaba como una, eso desde luego. Pero a nadie le sorprende. Ya no. Son muchos años conviviendo pared con pared. Cuando no nos ignoramos, estamos a la gresca. Es algo normal. No hay nada de qué preocuparse.

—Una lástima, sí. Me hubiesen gustado los fuegos artificiales. Son bonitos.

—Oh, cierto. Se me olvidaba que tienes el coeficiente

intelectual de un niño pequeño. Fallo mío. La próxima vez me esforzaré por recordarlo y comprarte una bolsa de confeti de colores para compensarlo.

Muevo la silla que hay junto a ella y tomo asiento a su lado tras dejar el móvil sobre la mesa y la mochila a mis pies. No me pasa desapercibida la mueca desagradable que me regala la pelirroja, pero la ignoro con toda la intención del mundo. No pienso alejarme. Me gusta demasiado tenerla cerca. Además, ella tampoco se aparta. En el fondo, sé que mi presencia no le molesta tanto como quiere aparentar.

—Por lo visto, te has levantado guerrera.

—Tú, en cambio, sigues igual de insufrible que siempre.

Sus ojos marrones conectan con los míos, y, por un momento, todo a nuestro alrededor se detiene. Soy plenamente consciente de cómo mi vecina contiene la respiración y aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea. También de cómo mueve la cabeza con disimulo para que su larga melena pelirroja le caiga por delante del rostro y disimule el ligero tono rosado que ahora cubre sus mejillas. Naty siempre ha sido una chica preciosa, pero eso no se lo digo. Si lo hiciera..., creo que sería capaz de matarme con sus propias manos. Le sentaría como una ofensa. No puedo culparla por pensar así. La he cagado muchas veces en el pasado y entiendo que ahora esté a la defensiva conmigo. Aun así... aun así, me gustaría...

—Pues sí que empieza bien la mañana.

Naty es la primera en romper el contacto visual y centrarse en Chris, que nos observa alternativamente con una mueca que soy incapaz de descifrar. Nunca he entendido a este chico. Hace tiempo que dejé de intentarlo.

Mi hermana me recrimina con la mirada mi comportamiento, pero levanto las manos en un gesto de paz y me centro en el móvil. Tengo varios mensajes de Bruno, uno de mis mejores amigos. Me informa que está a punto de llegar. Hemos quedado para desayunar e ir juntos a clase. Harry, el otro integrante de nuestro grupo, no podía venir. Así que hemos acordado que nos encontraríamos con él luego en el instituto.

Conozco a Bruno desde hace muchos años. Nos hemos criado juntos. Para mí, es como un hermano más. Además de las clases, también compartimos la pasión por el fútbol. Jugamos en el mismo equipo profesional como delanteros y somos los mejores. Suena pretencioso decirlo de esta manera, pero es la verdad. No entiendo por qué las personas no podemos hablar con tranquilidad y franqueza de nuestras virtudes sin temer parecer hipócritas o ególatras. Si soy bueno en algo, no me avergüenza decirlo. Al igual que tampoco me avergüenza reconocer mis defectos o las cosas que necesito mejorar. Soy humano, no perfecto.

—Hombre, enano, pero si te has levantado con tiempo. Menuda sorpresa. Mamá no se lo creía cuando te ha visto entrar. Le ha escrito a papá y todo para contárselo.

Balder se acerca con mi desayuno y pasa su mano entre mi cabello negro, revolviendo. Detesto que haga eso, pero solo pongo los ojos en blanco a modo de respuesta. Con Balder no puedo molestarme. Con él jamás podría.

—Ya ves. Mi querida vecina, que se ha levantado con ganas de montarse su propio concierto en la habitación. Con ella al otro lado de la pared, no necesito alarma.

Le regalo una sonrisa encantadora a Naty. Ella me devuelve

el gesto enseñándome el dedo corazón de la mano derecha sin molestarse en mirarme. Tengo que contener la carcajada. Qué mala hostia se gasta cuando quiere.

—Nior... —Balder niega con la cabeza y una sonrisita en los labios.

—¿Qué? Es la verdad. Al menos, tiene un gusto musical decente y no me tortura con canciones de Taylor Swift ni cosas por el estilo. Eso es algo de agradecer.

Bruno aparece por detrás de mi hermano antes de que Naty pueda contestarme. Ya estaba preparado para una de sus muchas dagas verbales, pero esta vez le toca a ella quedarse con las ganas.

La sonrisa que luce mi mejor amigo cuando nos da los buenos días se me contagia sin remedio. Bruno es la persona más risueña y positiva que conozco. Un tío de puta madre. De las mejores personas que tengo en mi vida sin lugar a duda. Y tiene una paciencia infinita. No entiendo cómo todavía no me ha mandado a la mierda. Entre los quebraderos de cabeza que le provoca Harry y los que le provoco yo, está servido.

—Pelirroja, pero qué guapa te has puesto para volver a clase. —Al contrario de lo que pasaría si fuese yo, Naty acepta el abrazo que mi mejor amigo le da y le devuelve la sonrisa.

Siento un tirón en el estómago al verlos juntos. No son celos. No de Bruno. Es algo mucho más profundo. Algo que me carcome por dentro desde hace tiempo y a lo que no sé ponerle remedio: es envidia. Siento envidia al ver cómo todos pueden relacionarse con ella de una manera que yo llevo años sin poder conseguir.

Bruno me dedica una breve mirada antes de continuar

hablando. No tengo dudas de lo que viene a continuación, y eso que ni siquiera ha abierto la boca.

—¿Alguien en especial a quien quieras impresionar?

—Las únicas personas que podrían interesarme del género masculino son Chris y Balder. Y ambos están fuera de mi alcance por razones obvias. Así que no. Creo que me ves con buenos ojos, Bruno.

Suspiro y aparto la mirada con molestia. Mi hermana trata de reprimir la carcajada que Chris no se molesta en disimular.

Me jode. Me jode mucho la situación. No puedo negarlo. Me revienta por dentro y me pone de mal humor. Pero es lo que hay. No me quejo. Ellos no me entenderían, y tampoco quiero tener que dar explicaciones de algo que solo me concierne a mí mismo. Bueno, y a Naty en cierta medida.

—Créeme que no soy el único que lo hace.

Mi mejor amigo toma asiento a mi lado y pone su mano en mi muslo. Busca infundirme ánimos. No lo consigue, pero le sonrío de todas maneras para no preocuparle. Él no tiene la culpa de mis errores. Naty tampoco le contesta, por lo que la mesa se sume en un silencio incómodo cuando mi hermano mayor vuelve tras la barra. Un silencio que no veo la hora de romper. Chris se me adelanta por milésimas de segundo.

—Siof, creo que le voy a entrar a tu hermano.

—Lo siento, Chris, pero no eres mi tipo.

Cuando el amigo de Naty me manda a la mierda, le guiño un ojo y le lanzo un beso. Él masculla un insulto en voz baja, pero, como ya estoy acostumbrado a su hostilidad, me entra por un oído y me sale por el otro.

—Parecís críos —suspira mi melliza con resignación.

Siof es la típica persona a la que parece que la vida le aburre y que está por encima de las cosas triviales que preocupan a la humanidad, pero en realidad es muy sensible. Va de peleona y es más tierna que un conejito. La adoro, y ella también me adora a mí. Aunque en ocasiones tenga que decirme a la cara alguna que otra verdad de esas que escuece escuchar y cuesta reconocer en voz alta. No le importa que sus palabras puedan hacer mella en mí y dejarme hecho una mierda. Ella me dice lo que me tenga que decir y tan tranquila. Y yo soy incapaz de pararla cuando se pone así, porque sé que me quiere y que lo hace porque desea cuidarme tanto como yo deseo hacer lo mismo con ella. Conexión de mellizos, supongo.

—Lo que yo decía: el coeficiente intelectual de un niño pequeño.

Naty da un mordisco a su *muffin* con aire distraído. Me quedo unos segundos embobado, admirando las pequeñas migas de masa de chocolate que se le quedan pegadas a los labios, hasta que Bruno me da una ligera patada por debajo de la mesa para hacerme reaccionar.

—Un niño no tiene mi encanto natural —alcanzo a responder.

—Nior, que tengas nombre de dios porque a tu madre le apasione la mitología y que tu apellido sea el de un superhéroe famoso no significa ni que seas lo primero ni lo segundo. Siento ser yo quien te lo diga.

—Vamos, no me negarás que como Tony Stark tengo un algo especial.

Naty me mira durante unos segundos, que se me antojan eternos, antes de responder:

—Sí, la estupidez. La lleváis de serie. Solo que él mejora con cada película y tú cada vez vas a peor.

—Ya... Ilústrame, entonces. ¿Qué superhéroe elegirías tú?

—A Spider-Man. O a la Viuda Negra. Puede que incluso al Soldado de Invierno. Me es indiferente.

La rotundidad de sus palabras me hace abrir mucho los ojos. Ni siquiera lo ha pensado.

—Me estás vacilando. ¿Me estás diciendo que prefieres a un crío cerebritito, a una mujer mentirosa y manipuladora, o a un tío con un brazo de *vibranium* antes que a Iron Man?

—La mujer mentirosa y manipuladora podría darle una paliza a tu querido Tony Stark si no se escondiese dentro de una armadura, lo mismo que Bucky; y Peter Parker es capaz de hackear el traje que Tony le regala en la primera película sin despeinarse. Así que sí, discúlpame, pero me quedo con ellos sin ninguna duda.

Naty se cruza de brazos. En su mirada hay desafío, y yo soy incapaz de no caer en él. Es como si una fuerza invisible me tirase más y más hacia ella. Cuando la pelirroja anda cerca, orbito a su alrededor como si de la Tierra y la Luna nos tratásemos. Bruno lo llama «atracción sexual no resuelta». Yo... yo prefiero no ponerle nombre. Por mi propio bien.

—Que sepas que acabas de desencantarme. Te tenía por una persona con buen gusto.

—Tampoco es que pretendiese lo contrario, Nior. Te aseguro que no me quita el sueño haberte decepcionado.

—Retiro lo que he dicho antes; no te has levantado guerrera. Lo has hecho borde de cojones.

—Siéntete orgulloso, solo me pasa contigo.

—Igual deberíamos ir yendo a clase.

Siof trata de intervenir y cortar la discusión antes de que se descontrola. Sin embargo, cuando veo a Naty levantarse y coger su mochila, me apresuro a añadir algo más. No quiero que se vaya todavía. Necesito tenerla cerca unos minutos más.

—Si pudieses tener un superpoder, ¿cuál sería?

Temo que me ignore, pero debe notar la urgencia en mi tono de voz porque lo medita unos segundos, antes de darme una respuesta. Eso es algo que tampoco entiendo de ella. Dice que me detesta y que no me soporta, pero siempre responde a mis preguntas. Por muy enfadada o molesta que esté conmigo, nunca se va sin contestar.

—Hablar con los muertos.

Su respuesta nos deja a todos helados por el significado que esconde. Por un instante, me siento como una mierda por haberle preguntado eso. No me esperaba que fuese a decir algo así. Ella ni siquiera pestañea. Solo me mira con esos ojazos marrones que me cautivaron desde el momento en el que la conocí, y espera a que yo también formule una respuesta a la pregunta que le he hecho.

—A mí me encantaría poder controlar el tiempo. Así podría revivir mi primer beso todas las veces que quisiera hasta aburrirme.

No soy consciente del alcance de mis palabras hasta que no veo cómo mi vecina aprieta los puños a ambos lados del cuerpo y me mira con dolor. Su cuerpo entero destila tensión, y, una vez más, sé que he metido la pata.

Esa confesión ha escapado de mis labios sin pretenderlo.

Podría parecer una tontería. Incluso algo infantil. Pero no para nosotros. Para nosotros lo es todo y nada a la vez.

—¿Ese no fue con Sarah Williams después de uno de tus primeros partidos de fútbol fuera de Nueva York? Cuando volviste a casa con papá, estuviste hablando del tema toda la semana. Estabas insoportable.

Siof pone una mueca divertida, pero yo solo tengo ojos para la pelirroja. Naty niega con la cabeza, esbozando una sonrisa tan fría que tengo que apartar la mirada para no sentirme todavía peor. Tarda solo un segundo en marcharse sin decir nada, con Chris pisándole los talones. Ni siquiera se lo ha pensado y ha salido tras ella a grandes zancadas, disculpándose por dejarnos plantados.

—¿Qué mosca le ha picado? ¡Chicos, esperad!

Mi hermana no duda en seguirles. Me deja a solas con Bruno, y casi lo agradezco. Él no va a juzgarme ni a meter el dedo en la llaga. Su mano me da unas palmaditas de ánimo en el muslo antes de levantarse y colgarse la mochila al hombro. No me queda otra que imitarle y seguir a los demás con un suspiro, tras despedirme de mi madre y mi hermano. Eso si no quiero llegar tarde a clase.

Menos mal que este año me he propuesto dejar de cagarla con Naty. Sin duda, mi plan va viento en popa.